

Luis Mario Schneider

La iglesia de Onetti: el prostíbulo

Los místicos del alma y los místicos del cuerpo coinciden en negar el individualismo. Prisión, cautiverio, isla, desierto, soledad, son nombres que conforman y organizan su lenguaje, asumiendo siempre los estados de egoísmo, de soberbia y de vanidad. Los místicos del cuerpo y los místicos del alma dan la solución: el individuo se realiza en la enajenación. El encuentro al que debe sujetarse y atarse es la única alternativa que postula una paradoja para la salvación.

El hombre es libre, llega al estado de libertad, cuando deja de ser él, porque alcanza el estado de la perfección con un extraño que suele transformarse a veces en un objeto.

Elijo sin arbitrariedad a San Juan de la Cruz y a Roland Barthes. Para el místico español, el alma llega a la plenitud cuando se desposa, cuando edifica otra cárcel voluntaria, un "cautiverio suave":

Oh noche, que guiaste,
Oh noche, que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado transformada.

Si no bastaren estos versos, observamos esta cuarteta intitulada "Suma de la perfección":

Olvido de lo criado,
Memoria del Criador
Atención a lo interior
Y estarse amando al Amado.

En una de sus últimas entrevistas, y, apoyándose en Lacan, Barthes dice: "Mi cuerpo es mi prisión imaginaria. El cuerpo, aquello que aparece como lo más real, es sin duda, lo más fantasmagórico. Quizá sólo sea fantasmagoría. Se necesita al otro para liberar el cuerpo. . . No puedo llevar mi cuerpo hasta su límite sino con otro, pero ese otro tiene también su cuerpo, algo imaginario. Ese otro puede ser un objeto. Pero el juego que

más me interesa es cuando hay realmente otro cerca de mí, en el sentido preciso del término”.

¿Quién es el otro? En los místicos del alma, la figura de Dios es, en última instancia, una imagen sorda de la ausencia. Dios aparece en la veladura, miles de velos lo esconden, y lo más dramático es que sólo lo reconocemos dentro de nosotros mismos. De donde se infiere, paradójicamente, que permanecemos en la soledad que anula toda posibilidad sensorial. El otro, en los místicos del cuerpo, es casi siempre un ser carnal que nuestro deseo edifica y apronta para el acto amoroso. Pero ¿hasta dónde es cierto que la elaboración sensorial despierta en el otro la misma voluntad de placer?

Uno de los caminos más certeros para llegar a Dios es la purificación y su método más idóneo es la confesión. La confesión exige también la presencia del otro, en verdad un intermedio de la ausencia. En el tránsito hacia el amor humano la sinceridad sustituye a la purificación y la confesión la reemplazamos por el coito. Y el otro puede construirse simplemente como objeto.

Todo este sortilegio, toda esta magia, todo el éxtasis requieren un espacio, un lugar sagrado, el templo que a lo largo de la historia se ha empequeñecido: del paraíso terrenal que era el mundo descendemos a la mezquindad de un cuarto cerrado o a la limitación de una iglesia.

La narrativa de Onetti descansa sobre las relaciones prostibularias, en las que la mujer juega siempre un papel de objeto, el otro del que hablaba Roland Barthes, más aún, la prostituta exige ser objeto y jamás permite la transgresión de esta ley. Por razones de reloj, sólo analizaré un fragmento de *El pozo*, pues en esta novela corta se concentran muchas de las obsesiones de nuestro novelista.

Un episodio delimita aquí la relación hombre-prostituta, episodio que inaugura un ritual. Eladio Linacero asume la actividad del *gigoló* —intención de la mayoría de los protagonistas onettianos— frente a Ester la prostituta. Ritual que es desafío, puesto que el hombre decide tener relaciones con la mujer sin pagarle, decisión que produce un tiempo de espera, de maduración, que subraya la violencia engendrada por la pasividad. El tiempo se cumple y la prostituta cede. El espacio es, como de costumbre, el cuarto de un hotel, signo de una prostitución ambulante que contrasta con el espacio fijo y detenido del prostíbulo de *Juntacadáveres*. Se supone que todo está armado para producir el coito reglamentario hasta la lluvia, con ese regusto de melancolía de un tango de los años 20. Pero en lugar del amor carnal, símbolo de esta mística de la que he venido hablando, de la posibilidad de transgredir la prisión del cuerpo mediante el encuentro con el otro cuerpo, Ester es utilizada como sacerdote para depositar en ella palabras en vez de esperma, produciéndose así una confesión, característica de la mística del alma. La relación fracasa porque descuadra la forma clásica del ritual: la mujer pierde su carácter mercantil porque no se le paga, y Linacero no cumple con las condicio-

nes del cashisho ni del macho elemental y, para colmo, su lenguaje se desubica, al hablar de un mundo imaginario, propiedad del escritor, que no concuerda con el cuerpo imaginario, del que habla Barthes.

Hasta la ternura se tergiversa: la prostituta espera un macho porque se entrega como mujer y no como prostituta, es decir, sin recibir paga alguna, ni siquiera los golpes tradicionales que el padrote administra a su hembra. Linacero confunde el conocimiento de la mujer de la vida con el conocimiento de la vida que tiene el sacerdote que escucha la confesión, o en la comprensión y la tolerancia que una madre puede tener para las confidencias de un hijo, por banales que éstas sean.

La consecuencia es una inversión de los términos que rigen el encuentro. El hombre se vuelve totalmente pasivo, es decir objeto, y la mujer es activa: es ella quien decide si en realidad se cumple el encuentro, es el sujeto de la relación. Como Roberto Arlt, Onetti crea una narrativa de inversión de la conducta, generadora de desencuentros; no es tanto una incomunicación —lugar reiterado de la crítica— sino la constatación de que las conductas no se insertan ni en el espacio ni en el tiempo que les son propios como en este episodio de *El pozo*, donde la cama se convierte en un confesionario.